

Guayaquil, Octubre 18 de 1938.

Mi hijita Dlores:

Perdóneme por mi silencio, en días en que debía yo haberte escrito. No he tenido tiempo. Abelardo y tus lindas nietas me lo han quitado. Me transformó su venida. He renacido. El flaco y triste Abelardo verde, que ríe sin descanso, y charla, y se ha puesto como un toro de gordo, en pocos días. Las niñas, de quince años de edad, saltan, bailan, gritan, ríen, y a mí ya me tiene medio muerto a caricias. Abelardo mejorará pronto y completamente. La enfermedad de Abelardo es casi la misma mía; y yo estoy mejor, porque he vivido aquí. Luego me sanaré también yo, y vendrá Marina, en Noviembre, aunque volverá pronto a su patria, porque ya es gringa de Estados Unidos.

Espero carta tuya esta tarde. Tú has de haber llorado mucho; pero ya en nuestra edad, las lágrimas no aflijen, porque estamos rodeados de risas juveniles.